

# RECORRIDO INMORALISTA

Gemma Lacasa. Barcelona

## 1. F. Nietzsche: *Voluntad de poder*

«Lo que a mí me espanta [...] no es el error en cuanto error, ni la milenaria ausencia [...] de decencia, de valentía en las cosas del espíritu [...] (es la falta de naturaleza, es el hecho absolutamente horripilante de que la antinaturaleza misma, considerada como moral, haya recibido los máximos honores y haya estado supendida sobre la humanidad como ley, como imperativo categórico!... (Equivocarse hasta ese punto, no como individuo, no como pueblo, sino como humanidad! ...[...])

F. Nietzsche *Ecce Homo*

Es de sobras conocida la concepción nihilista postulada y reiterada por F. Nietzsche en

distintos momentos de su obra respecto de un hombre contemporáneo manso, doméstico, mediocre, contraargumento *de la cultura en cuanto tal*<sup>1</sup> y resultado triste de un largo devenir histórico que es analizado con la herramienta genealógica. Ésta técnica le permitió establecer los sucesivos momentos históricos en los que se constituyeron las adherencias morales (y pseudo-esenciales) que finalmente, afirma, se identificaron en occidente con lo humano. La genealogía señala y desentraña el valor del origen del hombre occidental y el origen de sus valores, pero también señala su fecha de caducidad. Posteriormente, la tarea imaginativa le lleva a repensar al hombre-por venir (y sus valores futuros), aunque sólo sea intuitiva y borrosamente (teoría del superhombre).

Pero como nos advierte Deleuze, la genealogía no sólo interpreta: también da sentido y valora; en efecto, el análisis histórico-moral nietzscheano está condicionado por un *a priori immoralista*<sup>2</sup> (anunciado provisional y parcamente en *Humano, demasiado humano*, y extensamente desplegado en su obra posterior *Genealogía de la moral*), que podría ser postulado simplifcadamente como sigue: la moral no posee un estatus *real, fuera de toda duda, dado*, sino que es un síntoma, consecuencia o máscara que surge, se desarrolla y modifica en determinadas condiciones históricas, siendo el resultado de determinados intereses que *no hicieron nacer el espíritu, sino algo contrario a los valores nobles: el espíritu resentido*, contra el que Nietzsche manifestó tempranamente el escepticismo y la suspicacia más radicales<sup>3</sup>. Los instintos del no-

<sup>1</sup> en *La genealogía de la moral*, Ed. Alianza, Madrid, 1980, p. 49

<sup>2</sup> *Ibíd.*, p. 20

<sup>3</sup> «Yo soy un adversario del vergonzoso reblandecimiento moderno de los sentimientos» *Ibíd.*, p. 23

egoísmo, compasión, autonegación o autosacrificio, de origen judeo-cristiano muestran una peligrosa voluntad negadora de la vida, mienten (ignorando el verdadero fondo de la realidad humana) y son los responsables últimos del *comienzo del fin*, de la *última enfermedad contemporánea*, y de la agotada y degenerada humanidad occidental que somos y ante la que afirma, sólo podemos sentir cansancio.

La génesis de la mansedumbre comenzó en el que Nietzsche denomina período post-histórico, cuando se pretendió (infructuosamente) igualar a todos los hombres con el fin de hacerlos uniformes, y por ende previsibles, ajustados a regla, necesarios y calculables mediante la eticidad de la costumbre; ésta, a su vez, se impuso con la amenaza, el horror, la sangre y la crueldad *que siempre están detrás de las cosas moralmente «buenas»*<sup>4</sup>. El resultado fue el desarrollo del *alma* y de las virtudes cristianas, es decir, del resentimiento, de la interiorización de la rabia, de la mala conciencia, de la desconfianza y del secreto, al volverse hacia dentro y replegarse los instintos que no se desahogaban (sufrimiento, crueldad, negación de la razón, enemistad o rabia); el último momento del progreso culminó con la aparición de la figura orquestadora del sacerdote asceta.

La humanidad actual, postula con rotundidad Nietzsche, no es una meta, sino sólo un resultado (transitorio, no final) del proceso descrito, *un camino, un episodio intermedio, un puente, una gran promesa...*<sup>5</sup>. Es posible y necesaria una segunda inocencia (*unschuld*) que devuelva a la tierra su meta y al hombre su esperanza, que nos acerque a *esos desconocidos para nosotros mismos, que somos nosotros mismos*<sup>6</sup>. Respecto del futuro de la figura humana, Nietzsche mantiene un aparente silencio voluntario:

«Más ¿qué estoy diciendo? ¡Basta! ¡Basta! En este punto sólo una cosa me conviene, callar: de lo contrario atentaría contra algo que únicamente le está permitido a uno más joven, a uno más «futuro», a uno más fuerte que yo [...]»

...pero sabemos que la herramienta que permitirá el cambio de identidad antropológica será la voluntad de verdad, voluntad que exige la extinción de la moral actual:

«*Transvaloración de todos los valores*: ésta es mi fórmula para designar un acto de suprema autognosis de la humanidad, acto que en mí se ha hecho carne y genio. Mi suerte quiere que yo tenga que ser el primer hombre *decentes*»<sup>7</sup>.

El nacimiento de la nueva humanidad exige la inmoralidad transitoria, actitud demoleadora que Nietzsche profetiza originará un espectáculo *que permanece reservado a los dos próximos siglos de Europa* (coincidiendo pues con el final del milenio), *el más terrible, el más problemático, y acaso también el más esperanzador de todos los espectácu-*

<sup>4</sup> *Ibíd.*, p. 71

<sup>5</sup> *Ibíd.*, p. 97

<sup>6</sup> *Ibíd.*, prólogo.

<sup>7</sup> *Ecce Homo*, Alianza Editorial, p. 124. (La cursiva aparece en el original).

los<sup>8</sup> que señala, *hará desaparecer el ideal asceta, único modelo explicativo faute de mieux «mal menor» del sufrimiento, porque la voluntad en el hombre prefiere querer la nada, a no querer.*

El diagnóstico antropológico nietzscheano insta a las condiciones que permiten creer en la inocencia del porvenir no-culpable, en lo múltiple no-idéntico; éste es su alegre mensaje: el pensamiento *trágico*, ya liberado, que lanza los dados del azar en un eterno y ligero «sí» que ya no soporta el peso de lo moral-negativo, de lo que niega; el nuevo hombre como encarnación de una voluntad (de poder y de querer).

## 2. G. Bataille: *Voluntad de suerte*

En *Sobre Nietzsche* Bataille muestra y reconoce explícitamente la deuda que su obra tenía contraída con el maestro de la sospecha. En efecto, los andamiajes en que descansa el edificio bataillano renuncian nihilísticamente a los cimientos morales pre-nietzscheanos (Dios y Bien), catalogados por Bataille como inútiles remedios contra la angustia, y aparece ante nuestros ojos una nueva viabilidad antropológica fundada en órdenes de sentido amorales y ametafísicos.

Bataille define la esencialidad del sistema nietzscheano enfatizando la necesidad y el gusto que el filósofo de Röcker mostró por pisotear la moral, pero concluye que es el mal, y no la voluntad de poder, el elemento clave del pensamiento de aquél.

En efecto, no vamos a descubrir aquí la fascinación que el horror y lo perverso ejercen en la mente Bataillana, fascinación que justifica la profunda convicción de que lo humano deberá medirse tarde o temprano, si pretende autenticidad, con el mal, condición de libertad y objeto de refinada búsqueda moral; la coerción se ejerce con vistas al bien, afirma, mientras que el mal, se pregunta, ¿no es una libertad concreta, la turbia ruptura de un tabú? Diseminada pero coherentemente, Bataille precisa, en diferentes obras, que por *mal* debe entenderse:

-no una parte, pues es la negación de las partes, sino la ausencia de asideros (porque ésa es la función de la moral y por ende del bien y de Dios);

-peligro incluso vital, que es deseado en toda su plenitud (resuena el amor fati nietzscheano), y se acompaña en consecuencia de la angustia, que es el sentimiento de peligro al que se añade la espera,

-inocencia, porque afirma, sería espantoso creer en el pecado, inocencia infantil desvalida que no encuentra personas mayores a las que recurrir.

-sinónimo de perversión, pues «malo» es aquello que provoca dolor, pero paradójicamente, también delicia y felicidad extremas, y

-medio que permite la comunicación profunda intersubjetiva.

Y es que *el aire se llena de verdad*, afirma, si descubrimos una aspiración incondicional, extrema en el hombre, ajena a todo fin moral y a toda servidumbre que nos lleva al final de lo posible, aunque también a lo más solitario por la lejanía respecto a criterios mayoritarios (¡100 años después de Nietzsche!), sin prejuzgar los resultados... Bataille defiende, y pensamos que encarna biográficamente, la voluntad de

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 184

suerte que juega sin transcendencia (como un loco, como Zaratustra) abandonando su espíritu en manos del sinsentido, del abismo sin ideales, de las causas y los motivos en que lo humano encuentra su meta y su liberación solitaria (*mi compañía en la tierra se reduce a Nietzsche*, afirma<sup>9</sup>)

Lo contrario del mal (el bien y la moral que son catalogados por el autor como «confores» anímicos) invalida, neutraliza y suprime la vida, que es, afirma, riesgo, vértigo, deseo de límite y zozobra, y sólo puede despertar desinterés; autentificar lo humano exige olvidar el futuro: la salvación (el asceta), el provecho económico (el negociante), el salario (el obrero)... porque toda actividad supeditada y productiva es esclava. Entendemos el por qué, desde esta perspectiva, de la reivindicación bataillana que toma como objetos esenciales a toda humanidad el erotismo de los cuerpos, el de los corazones y el místico, momentos de máximo riesgo, sostiene, de máximo juego (sin apuestas) que encarnan tres situaciones sublimes de *insufrible gozo* (ajeno a toda moralidad) que permiten superar nuestra esencial distancia y separación del resto de seres (denominada *discontinuidad* por el autor), accediendo a una suerte de comunión feliz con *lo continuo*, con lo indiferenciado, aspiración última de toda vida, también humana, que precariamente desea superar la escisión y diferencia que la definen.

### 3. *El hombre Foucaultiano: crónica de una muerte anunciada*

En un breve artículo publicado en 1971 en la revista *Actual* titulado *Más allá del bien y del mal*, M. Foucault sostiene, creemos que desde una perspectiva bien nietzscheana, que «*cuando un juicio no puede enunciarse en términos de bien y de mal se lo expresa en términos de normal y de anormal*», apelando, afirma después, a lo que es «*bueno o nocivo para el individuo*». La reflexión concluye con rotundidad: «*son expresiones de un dualismo constitutivo de la conciencia occidental*»<sup>10</sup>.

¿Estamos viviendo las postrimerías del anunciado nihilismo nietzscheano? Es patente que las distinciones entre culpable e inocente, sin haber desaparecido, han dado paso a una distinción mucho más corriente, también dualista, que diferencia lo normal de lo patológico. La conciencia cultural del final de milenio, tal vez de manera infinitamente más sibilina, y tal vez después de la muerte de Dios, (último rostro de la moralidad *pura*) sigue siendo heredera de las catalogaciones morales de corte cristiano, pero ahora el bien y el mal se escriben en minúsculas, siendo sólo (aunque aún) lo bueno y lo malo, en el sentido más arriba indicado.

La ideología de *lo bueno y lo malo*, que ahora no puede mostrarse con tanta rotundidad y seguridad como antes, sigue constituyendo esencialmente nuestra inteligibilidad contemporánea, y se mantiene y refuerza, piensa Foucault, mediante la amenaza de *lo monstruoso* –ahora es lo asocial, lo anormal, lo patológico, lo criminal– exaltándose así, indirectamente, la imagen de *hombre normal, racional o consciente*<sup>11</sup>.

Es necesario, piensa el autor, realizar acciones puntuales, dirigidas no sólo a cam-

<sup>9</sup> Sobre Nietzsche, *Voluntad de suerte*, Ed. Taurus, Madrid, 1979, 20 ed. p. 31 (en adelante: SN)

<sup>10</sup> Artículo recogido en el compendio que bajo el título «Microfísica del poder» editó *La Piqueta* (Madrid, 1.978), p. 41

<sup>11</sup> *Ibíd.*, p. 38

biar la conciencia de las personas (que siguen creyendo en el dualismo inocencia y culpabilidad), sino a las instituciones que han cristalizado, investido y reproducido dicha ideología –denominada *humanismo* por Foucault–, mediante ocultas técnicas de reproducción (que implica cuadriculación) social, como es, por ejemplo, la exportación de la psiquiatría al exterior de los manicomios, estrategia que multiplica la intervención de este saber-poder en la vida cotidiana (prensa, consultas o colegios), y que muestra la invisible presencia del poder, junto con otros vehículos más conocidos (periódicos, televisión, escuelas técnicas o institutos).

El modelo humanista imperante en nuestro final de siglo se fundamenta en la noción de *sujeto*; el parapeto reaccionario de dicha ideología sostiene engañosamente que lo humano está irremisiblemente unido a tres sometimientos fundamentales, el dominio de los cuales nos convierten en seres soberanos:

- el alma (soberana sobre el cuerpo y sometida a Dios)
- la conciencia (soberana del juicio, sometida al orden de la verdad), y
- el individuo (soberano titular de sus derechos, sometido a las leyes naturales y a las reglas de la sociedad).

El parapeto reaccionario de la ideología humanista ya mencionada sostiene que debemos desarrollar la libertad interior, pero que ésta debe ser consentidora en lo externo, siendo así esta ideología *la gran obstructora del deseo de poder en occidente*<sup>12</sup>. Frente a este modelo, que pensamos sujeta al sujeto, Foucault defiende una individualidad no normativa, cuya manifestación primordial es la transgresión, que exige tanto la lucha política como el ataque cultural (la supresión de tabúes, limitaciones...) orientado a la interrogación acerca del límite de lo humano por-venir, ahora que la búsqueda de la totalidad ya no tiene sentido.

La experiencia de Bataille es, a criterio de Foucault, una muestra de la mencionada búsqueda, y *una experiencia esencial en nuestra cultura [...] de la finitud, del límite y de la transgresión*, porque en ella no hay sospechosos parentescos con la ética (con lo escandaloso o subversivo, con lo *negativo*<sup>13</sup>), y es también un modélico resquebrajamiento de la soberanía del sujeto *filosofante*.

El nuevo hombre debe afirmar (su limitación), abrirse por primera vez a la existencia en la transgresión, que no se opone a nada; el nuevo hombre testimoniará el desmoronamiento, aún no actualizado, de la subjetividad filosófica contemporánea, dispersa en el interior de un lenguaje filosófico que todavía no ha muerto.

---

<sup>12</sup> *Ibíd.*, p. 54.

<sup>13</sup> en el artículo «Prefacio a la transgresión» recogido en el compendio de artículos publicados bajo el título *Del lenguaje y la literatura*, Ed. Paidós, Barcelona, 1996, p. 132